

*José María Arguedas*

## Reflexiones peruanas sobre un narrador mexicano

Estos relatos aparecen cuando México ha alcanzado prestigio universal en las artes. Se nota la profunda raíz que los sustenta. El hombre hace la literatura y después la literatura contribuye a modelar al hombre. Las artes forman la médula de un país, rigen al ser humano; su propia libertad, la más alta y absoluta que es posible, y los frutos de ella, llevan el sello de lo antiguo, de la obra de los predecesores. Cuando éstos han existido.

Nos decía un profesor inglés, hace poco, que en las novelas de Ciro Alegría había encontrado por primera vez, luego de arduas lecturas de la narrativa latinoamericana, un hálito de ternura. Todo lo demás era violencia terrible, abrumadora y despiadada. El continente es así, le dije, luchamos en condiciones igualmente despiadadas y terribles; nuestra obra es fruto de nuestra vida. Pero en el Perú hay algo distinto. El campesino de la sierra y de la costa no está embriagado por la sed de la sangre, ni aún de la venganza. Es un trabajador templado por la ternura que fluye de su historia y, también, misteriosamente, de la faz descomunal de las más altas montañas de este mundo.

Hay pocas semejanzas entre el hombre que describe Rulfo en sus relatos y el campesino de nuestro país. Siempre se ha hablado de estas semejanzas y se las ha considerado como evidentes. Lo evidente son las diferencias. A poco de llegar a México el país ejerce sobre las personas sensibles una fascinación en la que la angustia es quizá tan grande como el deslumbramiento. Los extensos y cálidos bosques de pinos, el júbilo de las aldeas y ciudades, las torres y templos, de oro e imágenes originales como ninguna otra cosa, todo sobrecoge, porque la facilidad con que se espera y se provoca la muerte en todas partes, está siempre presente. Se huele a la muerte; su presencia constante, sin embargo, parece

Este artículo de Arguedas (1911-1969), bastante desconocido (que cita Antonio Cornejo Polar en su excelente libro *Los universos narrativos de José María Arguedas*, 1973), complementa de algún modo las apreciaciones elogiosas de Arguedas sobre Rulfo que aparecen en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*). El fenómeno peculiar de un gran escritor que escribe con admiración y perspicacia sobre otro gran escritor latinoamericano, aparte el interés intrínseco del texto, nos han inclinado a reproducir este artículo, que se publicó originalmente en *El Comercio* (supl. dominical) de Lima, el 8 de mayo de 1960, con la autorización de su esposa Sybilla.

casi necesaria para comprender y conocer la esencia de las maravillas que en ese país se contemplan. Naturalmente, estoy relatando una experiencia personal, que no se puede generalizar por entero. Pero cuando el barco zarpó de Manzanillo y empezó a alejarse de las costas de México, sentí como un desgarramiento. Es posible que ningún país sea capaz de meterse a la médula del extranjero como éste, y quisiera afirmar, nuevamente, que la presencia de la muerte juega algún papel en esta hazaña.

Por eso leí febrilmente los cuentos de *El llano en llamas* y la novela *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo.<sup>1</sup> Los bosques de México, los campos calcinados y esa jubilosa, casi estentórea y natural forma en que el hombre mexicano celebra la lucha y la muerte; la raíz que nadie podría descubrir de este modo de ser, no está explicada por Rulfo, pero ninguno como él nos lleva a su más íntima morada; nos hace tocar casi con las manos, con la punta del corazón, la fuente de que brota. Me he acordado de la muy poca literatura existencialista que conozco mientras leía a Rulfo; aquellos gemiquean, rebuscan con las uñas en la desesperación; Rulfo levanta con sus poderosas manos la luz de la muerte y el germen inagotable que hay en el hombre aun cuando éste parece haberse convertido aparentemente en carroña:

Muchos años antes, cuando ella era una niña, él le había dicho:

—Baja, Susana, y dime lo que ves.

Estaba colgada de aquella sogá que le lastimaba la cintura, que le sangraba sus manos: pero que no quería soltar: era como el único hilo que la sostenía al mundo de afuera.

—No veo nada, papá.

—Busca bien, Susana. Haz por encontrar algo.

Y la alumbró con su lámpara.

—No veo nada, papá.

—Te bajaré más. Avisame cuando estés en el suelo.

Había entrado por un pequeño agujero abierto entre las tablas. Había caminado sobre tablones podridos, viejos, astillados y llenos de tierra pegajosa:

—Baja más abajo, Susana, y encontrarás lo que te digo.

Y ella bajó y bajó en columpio meciéndose en la profundidad, con sus pies bamboleando "en el no encuentro dónde poner los pies".

—Más abajo, Susana. Más abajo. Dime si ves algo.

Y cuando encontró el apoyo allí permaneció callada, porque se enmudecía de miedo. La lámpara circulaba y la luz pasaba de largo junto a ella. Y el grito de allá arriba la estremecía:

—¡Dame lo que está allí, Susana!

Y ella agarró la calavera entre sus manos y cuando la luz le dio de lleno la soltó.

—Es una calavera de muerto —dijo.

—Debes encontrar algo más junto a ella. Dame todo lo que encuentres.

El cadáver se deshizo en canillas; la quijada se desprendió como si fuera de azúcar. Le fue dando pedazo a pedazo hasta que llegó a los dedos de los pies y le entregó coyuntura tras coyuntura. Y la calavera primero: aquella bola redonda que se deshizo entre sus manos.

—Busca algo más, Susana. Dinero. Ruedas redondas de oro. Búscalas, Susana.

Entonces ella no supo de ella, sino muchos días después entre el hielo, entre las miradas llenas de hielo de su padre.

Por eso reía ahora...

<sup>1</sup> Agradezco a Mario Castro Arenas por habérmelos revelado.

El cielo es grande. Dios estuvo conmigo esa noche. De no ser así quién sabe lo que hubiera pasado. Porque fue ya de noche cuando reviví...

—¿Lo oyes ya más claro?

—Sí.

...Tenía sangre por todas partes. Y al enderezarme chapoté con mis manos la sangre regada en las piedras. Y era mía. Montonales de sangre. Pero no estaba muerto. Me di cuenta. Supe que don Pedro no tenía intenciones de matarme. Sólo de darme un susto. Quería averiguar si yo había estado en Vilmayo dos meses antes. El día de San Cristóbal. En la boda. ¿En cuál boda? ¿En cuál San Cristóbal? Yo chapoteaba entre mi sangre y le preguntaba: "¿En cuál boda, don Pedro?" No, no, don Pedro, yo no estuve. Si acaso, pasé por allí. Pero fue por casualidad... El no tuvo intenciones de matarme. Me dejé cojo, como ustedes ven, y manco si ustedes quieren. Pero no me mató. Dicen que se me torció un ojo desde entonces. De la mala impresión. Lo cierto es que me volví más hombre. El cielo es grande. Y ni quién lo dude.

El caballo en que se mató el hijo de Pedro Páramo está también presa de la muerte:

—No hace ni media hora. De ser antes, tal vez se hubiera salvado. Aunque, según el doctor que lo palpó, ya estaba frío desde tiempo atrás. Lo supimos porque el Colorado volvió solo y se puso tan inquieto que no dejó dormir a nadie. Usted sabe cómo se querían él y el caballo, y hasta estoy por creer que el animal sufre más que don Pedro. No ha comido ni dormido y nomás se vuelve un puro corretear. Como que sabe, ¿sabe usted? Como que se siente despedazado y carcomido por dentro.

Y lo tienen que matar para que no siga sufriendo.

He aquí este pasaje del caballo que se fatiga de muerte porque ha matado a su dueño. No habría ocurrido cosa semejante en el Perú campesino. Acaso al caballo le hubieran brotado ríos de lágrimas o música de los ojos, alguna música solemne y taladrante; pero no esta inquietud que no hay otra forma de calmar que la muerte.

Al final de la novela, Pedro Páramo decide aniquilar a Comala, su pueblo:

La Media Luna estaba sola, en silencio. Se caminaba con los pies descalzos: se hablaba en voz baja. Enterraron a Susana San Juan y pocos en Comala se enteraron. Allá había feria, se jugaba a los gallos, se oía la música, los gritos de los borrachos y de las loterías. Hasta acá llegaba la luz del pueblo, que parecía una aureola sobre el cielo gris. Porque fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala:

—Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.

Y así lo hizo.

La figura de esta Susana, la mujer de Pedro Páramo, recoge en su cuerpo y alma todas las raras esencias del pueblo, sublimadas o exaltadas por su estado de semilocura:

—¿Cuántos pájaros has matado en tu vida, Juanita? —pregunta ella a una amiga.

—Muchos, Susana.

—¿Y no has sentido tristeza?

—Sí, Susana.

—Entonces, ¿qué esperas para morirte?

—La muerte, Susana.

—Si es nada más eso, ya vendrá. No te preocupes.

Son únicamente 154 páginas las de esta novela y *El llano en llamas* tiene aún menos, 143. Pero creo que nada del ingente mundo mexicano de los pueblos ha dejado de ser interpretado en estos dos breves libros. Y la muerte, especialmente, así como los otros elementos que sostienen la vida: el placer en todas sus formas; la embriaguez sexual y la de la música; la embriaguez religiosa: pero, sobre todo, las infinitas formas de la miseria, de la tortura humana sobre la tierra, están presentes en estos libros. Y todas esas formas no son iguales a las nuestras. El mestizo tiene allá el comando de las cosas. Este Pedro Páramo que aniquila a un pueblo con sólo cruzarse de brazos, porque toda la vida de ese pueblo pende de sus manos, es un mestizo. No se descubre, como es fácil hacerlo en el Perú andino, la presencia muchas veces pura, del señor colonial en los dueños de los pueblos. Esas gentes han cambiado mucho, se han transformado y convertido en un producto nuevo, con unos modos nuevos y un lenguaje propio, que Rulfo maneja con una sabiduría artística que constituye uno de los milagros mayores de su obra.

El hálito de historia antigua mexicana, aparentemente, inspira más o tiene más fuerza en la vida presente, en su misterio, que las formas y contenidos llegados de España. El mestizo se hizo mucho más rápida y vastamente en México que en el Perú. Nuestro mestizo se formó lentamente, es escaso y estuvo hasta hace muy poco por entero entregado a la servidumbre de los señores. Hoy emerge como una clase impetuosa, impulsada por valores aun no bien definidos, y no sabemos todavía qué ha de construir. En México entró en ebullición más pronto, durante la revolución nacional, pero aún sigue siendo una inmensa clase angustiada que da manotazos. La revolución aparentemente no le dio una verdadera salida o la frustró. Los relatos de Rulfo nos lo muestran mejor que ninguna otra pintura que hayamos visto. En estos relatos que comentamos el indio aparece una sola vez y como un individuo absolutamente marginal. Casi no figura. Entre nosotros es la materia envolvente, ocupa el primer plano.

Los relatos de Rulfo no parecen haber tomado de modelo a ningún otro del nuevo ni del viejo mundo; eso hasta donde nosotros podemos saber de estas cosas. Apenas si podría insinuarse la resonancia de Faulkner en algunas de sus imágenes. En *Pedro Páramo*, el relato se escribe en primera y tercera persona indistintamente; los sucesos finales aparecen desde el principio, están mezclados hacia su mitad y, en las últimas páginas todo lo de atrás vuelve. Es como un remolino, como agua hirviendo, imagen formidable del propio México. Una literatura que influirá sin duda sobre los países europeos en los que ha empezado a difundirse y de los que hasta hace poco siempre estuvimos copiando. Ahora nosotros quizá empecemos a darles modelos a ellos. Porque en Rulfo se levanta un poderoso mundo, equivalente al que construyeron Orozco y Tamayo, aunque el material mexicano es más patente en Rulfo, más explícito, que es la ventaja y la desventaja de la literatura sobre las artes plásticas.

Es más explícito porque ha elevado a la más alta categoría artística el difícil lenguaje del pueblo. Muchos de los relatos de *El llano en llamas* y gran parte de *Pedro Páramo* están escritos en primera persona, y es siempre un campesino quien habla. Esta hazaña de Rulfo es quizá la mayor. Lo auxilió seguramente en la empresa el hecho de que en México no se siente desprecio por el habla popular como en el Perú. En nuestro país se ha tomado el castellano "mal hablado" casi únicamente para hacer reír a los mentecatos a costa de la gente del pueblo. Y el pueblo mismo ha tenido mucho menos ejercicio del castellano que en México. Rulfo emplea términos del castellano viejo conservados por el campesino y fundidos con palabras que ha deformado a su modo, fundidos en una sintaxis que requiere del genio para hacer de ella un medio de expresión tan poderoso o más que el castellano culto que tiene siglos al servicio de la invención humana.

La luna grande de octubre pegaba de lleno sobre el corral y mandaba hasta la pared de mi casa la sombra larga de Remigio. Lo vi que se movía en dirección de un tejocote y que agarraba el guango que yo siempre tenía recargado allí. Luego vi que regresaba con el guango en la mano.

Pero al quitarse él de enfrente, la luz de la luna hizo brillar la aguja de arria que yo había clavado en el costal. Y no sé por qué pero de pronto comencé a tener una fe muy grande en aquella aguja. Por eso, al pasar Remigio Torrico por mi lado, desensarté la aguja y sin esperar otra cosa se la hundi a él cerquita del ombligo. Se la hundi hasta donde le cupo. Y allí la dejé.

Luego se engarruñó como cuando da el cólico y comenzó a acalabrarse hasta doblarse poco a poco sobre las corvas y quedar sentado en el suelo, todo entelerido y con el susto asomándosele por el ojo.

Entonces vi que se le iba entristeciendo la mirada como si comenzara a sentirse enfermo. Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró la lástima. Por eso aproveché para sacarle la aguja de arriba del ombligo y metérsela más arribita, allí donde pensé que tendría el corazón. Y así, allí lo tenía, porque nomás dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto.

Todos debiéramos leer los relatos de Juan Rulfo, especialmente los peruanos, precisamente porque revelan un mundo distinto al nuestro, muy distinto, pero como hecho de una materia semejante. ¿Semejante en qué? Lo que tienen de español y de antiguo americano lo sentimos nosotros como algo sin duda mucho más próximo que el hombre, las ciudades y el paisaje de los grandes novelistas europeos y norteamericanos. Su propia violencia está en nosotros y el revolverse del hombre buscando una salida para su tormento es al estilo nuestro y no al del fatigado hombre europeo. Todo está cargado de fuerza, es una descomunal fuerza que se agita aún en las criaturas más despiadadamente aniquiladas, perseguidas, puestas inapelablemente frente a los muros de la muerte.

No hay rendición, no hay afirmación de la muerte, porque ella está al servicio de la vida, como en todo mundo que emerge invenciblemente.